

EVOCACIÓN

de

RAFAEL AGUAYO SPENCER

por

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

RAFAEL AGUAYO SPENCER fue un varón extraordinario; un gran espíritu y un gran mexicano además, como lo probarían, para no ir más lejos, sus estudios sobre Zumárraga y la Guadalupana, y este libro, que hoy se reimprime, consagrado a don Vasco de Quiroga, más mexicano que español, si bien se mira, por el último teatro de sus afanes y su gloria. Y si todo esto que acabo de encarecer en su memoria pasó más o menos desapercibido en su vida y después de su muerte, no fue culpa de él, a buen seguro, sino de este medio enano y bárbaro en que nos movemos hoy, sobre todo cuando todo es simulación y farsa, cuando los príncipes de la corrupción se erigen en apóstoles de la moralidad, cuando, como en el verso de nuestro mayor poeta, *un funámbulo erecto pontífice lleva manto de pompa caudal*. Nadie persigue hoy por sí mismos el bien, la belleza y la verdad, y si aparenta hacerlo es por hacer la grilla (*sit venia verbo*, pero no hay otro) por alguna ventaja sórdida y concreta.

Feliz de ti, Rafael, que te fuiste a tiempo, sin emporcarte, como tus amigos que te hemos sobrevivido, en este cieno sanguinoso en que chapoteamos, porque decir la verdad se paga hoy con la propia vida. ¿Quién podrá desmentirlo después de lo que ha pasado?

Si hubiera de cifrar en una palabra la vocación, la vida y la obra de Rafael Aguayo Spencer, tendría que ser la de humanista. Tuvo, en primer lugar, el conocimiento de las lenguas clásicas, del latín sobre todo. Juntos nos sentamos por varios años, en la facultad de filosofía y letras, en los escaños de las cátedras de latín superior que impartían García Pimentel y Millares Carlo, a quien se le humedecían los ojos al terminar el libro IV de la *Eneida* con el suicidio de la reina Dido. Con García Pimentel, en cambio, leímos también de pe a pa el *Arte poética* de Horacio (que es a su modo un manual del escritor) en las tardes maravillosas de Mascarones, donde estuvo la facultad antes de emigrar a su actual domicilio, hórrido e inhóspito, en la Ciudad Universitaria.

El conocimiento del griego y el latín le hizo posible (a Rafael) la apertura y familiaridad con cinco mundos culturales que están vedados a los no iniciados en aquellas lenguas: el mundo helénico, el bizantino, el romano, el medieval y el renaciente. ¿Y todavía se pregunta hoy que para qué sirven las humanidades!

Pero además, y siempre sobre el fundamento ineludible de la cultura clásica, el humanismo de Aguayo Spencer, como el de Alfonso Reyes, ni más ni menos, se define en última instancia por la apertura interior del espíritu al horizonte infinito de su intencionalidad. No en todo el ámbito *de omni re scibili*, por supuesto (esto es actualmente imposible) pero sí en todo cuanto atañe al hombre, en sí mismo o, lo que viene a ser lo mismo, en sus infinitas formas simbólicas. Y junto con esto, el afán de escribir subyugante y devorante, por encima de toda acribia científica o profesional. Creo que fue esta pasión, la *libido scribendi*, la afinidad más íntima o el vínculo más recio que me unió por tantos años con mis tres amigos predilectos: Agustín Yáñez, José Rojas Garcidueñas y Rafael Aguayo Spencer. Creador, a decir verdad, lo fue sólo Agustín, pero escritores los cuatro, y en serlo o pretenderlo ciframos todos nuestra mayor ambición, más allá de cualquier saber al que legítimamente pudiéramos aspirar. Y hoy que todos ellos se me han ido irrevocablemente, me siento yo como la espiga solitaria de Heine, olvidada inexplicablemente por el segador, aunque sólo por breve tiempo, y le pido a Dios que, además de la gracia de la salvación, me conceda la de morir, como murieron ellos, con la pluma en la mano. *Scribens est mortuus*, como de Platón lo dejó escrito Cicerón.

En aquel trío inolvidable que acabo de evocar, lo típico, lo privativo de Rafael, fue la efusión sentimental de sí mismo y en los personajes (Vitoria, Zumárraga, don Vasco) que sublimó en sus obras. Rafael fue entre nosotros, como en el poema de Ramón López Velarde, el son del corazón, el que, en los trenos de Jeremías, se derrama como el agua ante el Señor: *effusum est cor tuum sicut aqua ante conspectum Domini*.

En muy pocos habré visto, a lo largo de mi larga vida, una fe tan robusta como en él. No flaqueó nunca, ni cuando hubo de gustar, como toda naturaleza bien dotada, *les nourritures terrestres*. Perteneció como yo a la Iglesia monolítica de Pío XII, en la cual el pecado era el pecado y los novísimos novísimos, antes de la catástrofe joánica, después de la cual estos dogmas o nociones han muerto por inanición o por silencio. En nosotros perduró aún, como en la comunidad de monseñor Lefèvre, la agonía del cristianismo, el sentimiento trágico de la vida y de la muerte. Por esto no pudimos compartir la rosada visión protestante de la Iglesia actual, la que no cree más en el *ignis numquam interiturus* que proclamó aún, en su *Credo del pueblo de Dios*, Paulo VI.

Todos estos conflictos o antinomias los resolvió Rafael en su visión mariana, la de nuestra medianera entre Dios y los hombres; visión que sustenta sus libros escritos en loor de la Virgen de Guadalupe y de la Virgen de Fátima, *Nuestra Señora de blanco*. En esta última obra, es-

crita o pensada, según todas las apariencias, *in loco ipso*, junto a la Cova de Iria, Rafael Aguayo Spencer pone su corazón al desnudo en párrafos como los siguientes:

“Pero al mismo tiempo que asciendo jadeante hasta la altura de los cielos, aspiro también a poseer la otra vertiente: la de la carne que rept a flor de tierra y que hoza los *alimentos terrestres* despreciando totalmente las posibilidades sagradas que van implícitas en nuestro ser. De esta manera, sin que haya apenas transición, muy pronto, Rosa Mística, el mismo que te invocaba, se convierte en trastocador de la creación.

”Así transcurriendo —y mira Madre que sólo pretendo exponerte este acezante aliento del alma que es mi plegaria— mi vida, en su realidad natural, no es otra cosa que una empecinada comisión del pecado, comisión que a veces me parecería, si tu maternal solicitud no me dijese lo contrario, llevar implícitas características de sino que se cumple a pesar de mi agotadora lucha por impedirlo.

”Por eso, la más desarticuladora tortura nace de este descoyuntamiento de las entrañas del espíritu, de este respirar dos atmósferas —la tuya y la mía—, de este vivir con todas las raíces hundidas en este invisible estado, en este aire emponzoñado que envenena mi propio existir.”

He debido transcribirte, Rafael, en estos párrafos de tu más íntima confesión personal, al tratar de pintarte tal cual fuiste. Con nadie puedo hoy compartir esto que tú dijiste, porque nadie, entre quienes me rodean, es portador de aquellas vivencias. He de resignarme, mientras por poco tiempo te sobrevivo, a vivir y morir solo, en este día efímero que muere en el eterno día. Adiós, Rafael, y hasta que en su luz podamos vernos de nuevo, *in aeternum vale*.